

## Carlota Subirós retrata la burguesía actual a través de 'Els estiuejants' de Gorki

■ El Teatre Lliure estrena pasado mañana una adaptación de esta obra que plantea si hemos venido a este mundo para cambiar algo o para veranear

SANTIAGO FONDEVILA

BARCELONA. – Arrojar la toalla o volver a las trincheras. Asumir con resignación la derrota o mantener viva la ilusión revolucionaria. Luchar o veranear. Este sería el resumen o síntesis de lo que Maxim Gorki (1869-1936) plantea en su obra *Els estiuejants* (1904), que Carlota Subirós ha dirigido y que estrena el jueves en la sala Fabià Puigserver del Teatre Lliure.

El título parece despejar el conflicto en una sola dirección, pero *Els estiuejants* está habitada por una quincena de personajes, cada uno con su propia historia y su propio conflicto. Una quincena de personajes interpretados por un brillante reparto en el que figuran, entre otros, Vicky Peña, David Selvas, Andreu Benito, Mia Esteve, Àurea Màrquez o Jordi Serrat.

Gorki, contemporáneo de Chejov aunque más joven que el gran maestro ruso, fue hijo de una familia acomodada y más tarde defensor de Lenin y hasta de Stalin. Quiso exorcizar sus raíces y tal vez su mala conciencia burguesa con obras como ésta, que retratan justamente la idiosincrasia de una clase social privilegiada cuyas contradicciones aseguran su extinción, según el autor.

Las cosas han cambiado, pero no tanto. Y no porque las vacaciones se hayan generalizado alcanzando a la clase media baja e incluso al proletariado (ya sea con rebajas o a crédito), la metáfora del texto ha perdido su actualidad. "Veraneantes somos todos los que hemos venido al mundo con la suerte de nacer en un territorio donde da el sol mientras la mayor parte del mundo vive en la sombra de unas condiciones vitales mucho más duras", explica la direc-



Una imagen de los ensayos de *Els estiuejants* con Àurea Màrquez y Mia Esteve

tora en el programa de mano. Para Carlota Subirós, en la obra de Gorki hay una "premonición de una revolución (que en su caso estallaría) y un diagnóstico del mundo al que pertenecía y que veía en sus últimos momentos". Pero la "grandeza del texto –añade la directora– reside en que junto a este diagnóstico social, colectivo, hay una introspección de los personajes. De la obra, según Carlota Subirós, surgen preguntas aplicables a nuestra realidad: "Cien años más tarde, ¿podemos aún creer en una revolución?" o "¿hemos nacido para cambiar el mundo o para veranear?". Carlota Subirós ha sustraído la historia de la Rusia de principios del siglo XIX para acercarla a nuestros días. Algo

*La directora traslada la acción a nuestros días, pero en una casa burguesa centenaria, para ilustrar la actualidad de la obra*

que consigue simplemente con un espacio escénico centenario, una vieja y ostentosa casa, pero por la que circulan personajes de hoy, perfectamente asimilables a la burguesía intelectual de nuestros días. No obstante, la directora no rehúye el mundo en el que la obra fue concebida dejando que la puesta en escena trasluzca la doble percepción a través de un espejo (parte de la escenografía) de aquel tiempo y el nuestro. ¿Pero quiénes son esos veraneantes? "Los bisnietos de aquellos personajes de Gorki", señala la directora. En la casa de veraneo se reúnen hasta tres generaciones con posturas diferentes frente al conflicto social. La mayoría ha claudicado y apartado sus convicciones para hacer un mundo mejor, pero todavía queda alguna persona capaz de reclamar el compromiso al precio que sea. Es el caso del personaje que interpreta Vicky Peña, que por su generosa manera de actuar provoca empatía o rechazo. "No es tan militante como ideológica" y es uno de los factores detonantes del drama.

Un drama colectivo en la medida en que "las actitudes vitales son actitudes políticas" y el reflejo de un estado de ánimo en el que se opone "el amor al desamor, la melancolía a la rabia, el trabajo al ocio, los hombres a las mujeres, el cansancio a la pereza y la duda al coraje", remata la directora. ●

### Los tiburones de la planta dieciséis

Con el estreno el próximo miércoles de *Push up 1-3*, la sala Beckett cierra el ciclo dedicado al autor alemán Roland Schimmelpfennig, uno de los más reputados de su país y con proyección internacional. *Push up 1-3*, cuya traducción sería *Empujando hacia arriba*, es una obra sobre la competencia salvaje entre los ejecutivos de una empresa multinacional para llegar a lo más alto. Un recorrido por los diferentes estratos sociales en el interior de un edificio, desde el mostrador de los vigilantes, en la planta baja, hasta los despachos de los directivos de la planta dieciséis. Sólo los celadores tienen una perspectiva real del mundo y son el contrapunto del resto de los personajes, ejecutivos y ejecutivas con la única ambición de escalar puestos en la pirámide profesional sin tener en cuenta ninguna consideración ética y ni tan siquiera profesional. Pero, a diferencia de otras historias sobre este tema, los *escaladores* no son víctimas del sistema, sino que forman parte de él hasta el punto de que simplemente son víctimas de sí mismos y aceptan su condición de tiburones con agrado.

Juan Carlos Martel Bayod dirige esta coproducción de la compañía Pännik con la sala Beckett. La obra, señala Martel, está dividida en tres partes en las que se alternan los diálogos con una especie de monólogos interiores en los que Roland Schimmelpfennig repite la técnica de su anterior obra *La nit àrab*. Esto es, que los personajes no hacen más que describir lo que hacen. En esos monólogos "es donde está la información de los personajes" porque en los diálogos predomina la falsedad y el cinismo. Todos padecen del mismo mal, pero no son iguales. La más agresiva es Angelika (Muntsa Alcañiz), jefa y propietaria del 51 por ciento de la empresa, convertida en una auténtica leona. Robert (Albert Triola) y Patricia (Neus Umbert) son tiburones jóvenes; Hans (Armand Calafell) está cerca de la jubilación pero aún quiere un premio: que le desplacen a Nueva Dehli, pero Frank (Salva Artesero), más joven, quiere lo mismo. Para ellos, señala la jefa Alcañiz, "no hay sentimientos ni emociones porque los han anestesiado". Tal vez por ello quepa pensar que "más dura será su caída". Pero ellos no lo ven.